

Hoy mismo, señor, hemos asistido á uno de los triunfos de Pío IX.

Es indudable que Napoleón III ha sido cómplice de la revolución italiana. Se contaba con la muerte del Papa para llevar á cabo la invasión. Desde 1861, el conde Vimercati fue encargado por el Emperador de dar al Gobierno del Rey explicaciones verbales, acerca de su política conciliadora; fundábanse, especialmente, en la eventualidad probable de la muerte de Pío IX, cuya salud se juzgaba sériamente comprometida (1).

Y ¿qué ha sucedido, señor?

Ya lo habéis visto; Pío IX reinante ha deplorado desde su trono la desgraciada suerte del prisionero de Sedán.

La revolución italiana ha decretado el destronamiento de Víctor Manuel II.

¿Verá también Pío IX, desde las alturas del Vaticano, rodar por el suelo esa corona real?

La historia lo dirá.

Vuestro atento servidor.

MANUEL TOVAR.

Seminario de Lima, 12 de noviembre de 1870.

\*  
\* \*

Sr. Dr. D. Francisco de P. González Vigil.

Muy respetable señor:

Justo era tratar, separadamente y en particular, de la hipocresía, *más que farisaica*, con que el Gabinete italiano ha cubierto su horrible atentado.

(1) Correspondencia parisiense de *L'Independence Belge* del 20 de junio de 1861.

La Revolución no es franca, señor; esto quiere decir que todavía nos teme y, también, que intenta atraer á su servicio á los muchos *candorosos*, que hay en nuestras filas, y que aún creen en la *lealtad* de sus palabras y en la *sinceridad* de sus promesas.

La Revolución no ha querido, ni quiere, ni querrá nunca otra cosa que la extinción del Catolicismo.

Los Jefes principales de la *Secta*, ó no dicen, ó dicen enteramente lo contrario; de aquí, la consigna general, que todos los afiliados tienen, de esparcir, por todos los medios, en el seno del pueblo, la idea de que ellos no se mezclan, ni tienen nada que ver con la Religión; de aquí también los *rendidos homenajes*, que la Revolución tributa á Jesucristo, al Evangelio y á la civilización cristiana.

Pasó ya la época de la *blasfemia* y del *martirio*.

Cuando el odio de la Revolución al Catolicismo tuvo toda la *espontaneidad de vehemente y ardorosa pasión*, entonces dijo que la Religión era *mentira*, que los sacerdotes eran unos *malvados* y que el Papa era el *antecristo*.

El pueblo, que gusta siempre de la novedad y que se aficiona fácilmente á escenas de horror y de sangre, dio favor, por algún tiempo, á las impiedades burlescas de los filósofos y á las horribles crueldades de los demagogos: pero el pueblo tenía fe; la Revolución no había penetrado en el arca santa, que guardaba ese precioso tesoro; por eso, cuando hubo pasado el período de la embriaguez, fue forzosa é inevitable la reacción cristiana.

Vino en efecto; la Revolución *pasó de moda* y atrasó por un siglo la realización de sus planes.

Tal fue el carácter y el desenlace de la lucha que sostuvo la Iglesia, en el último tercio del pasado siglo.



Aleccionada con esta experiencia, la Revolución *con mejor acuerdo y consejo*, cambió de sistema.

Nuestro odio, dijeron los *sectarios*, debe ser *frío, calculado, reflexivo*; la precipitación nos *compromete*, la violencia nos *pierde*, ¿de qué nos serviría un triunfo cercano, pero efímero? tengamos calma, seamos perseverantes, y una victoria definitiva coronará nuestros esfuerzos. No nos basta triunfar; es preciso triunfar para siempre.

Así lo pensaron; así lo resolvieron, y, de conformidad con este pensamiento y esta resolución, se organizó un vasto plan de conjuración contra el Catolicismo, que debía traer, *lenta*, pero *inevitablemente*, la ruina completa de esta Religión divina.

He aquí las principales reglas de este sistema infernal.

Estando la Religión Católica sumamente arraigada, en el seno del pueblo, prohibíase, en lo absoluto, atacar sus *dogmas* ó sus *prácticas*, para no hacerse *sospechoso*, y recomendábase, al contrario, que no se perdiese ocasión de manifestarse *creyente* y hasta *devoto*, á fin de merecer confianza y aun aprecio. La *Sec-ta* no reprobaba enteramente, y á veces hasta aconsejaba, que sus miembros *oyesen misa, frecuentasen las Iglesias y promoviesen fiestas, novenas y trisagios*. Tratándose de *obras de misericordia corporal*, debían ser los primeros en cooperar á ellas; y por lo que hace á obras, relativas al *culto externo*, como edificar ó reparar templos, ú otras semejantes, *no era prudente* que se abstuviesen.

Así el pueblo, que, generalmente, vincula la Religión á las exterioridades de la caridad y del culto, los tendría por religiosos y, dada la ocasión, merecerían su confianza y obtendrían sus votos en las elecciones populares.

Sólo un punto quedaba reservado, en cuanto á la

doctrina; este era el de los derechos *externos* de la Iglesia y las prerrogativas del Pontificado; en este particular, todo acto de *adhesión* era vedado; quien no pudiese atacar debía oír en silencio. Este género de lucha no les perjudicaba, porque el pueblo poco entiende de los derechos de la Iglesia y de las prerrogativas del Papa; el pueblo no se alarma, mientras no oye que se niega la *presencia real*, ó que se cierran los templos ó que se encarcela á los Obispos; por otra parte, no se permitía atacar á la Religión, en este terreno, sin tributar homenaje á la *misión civilizadora de la Iglesia Católica* y las *virtudes y distinguidas cualidades del Papa reinante*; insistiendo, para vigorizar la agresión, no en *objeciones contra los principios*, sino en una viva pintura de los lamentables abusos y atribuyéndolos, no á la doctrina de la Iglesia, sino á su espíritu de dominación; ni tampoco á la persona del Pontífice, sino al círculo que lo rodea. De este modo se lograba aflojar, poco á poco, pero realmente, los vínculos de la unidad, que es el elemento de la fuerza.

Con este sistema innoble é hipócrita, conseguía la Revolución arrancar la fe del corazón del pueblo, sin que éste lo notase.

Inútil es decir que, por medio de tan diabólicas artes, sólo intentaba prepararse el terreno para evolucionar, sin dificultades, ni embarazos; llegaba á este punto, arrojaba la máscara y daba principio á una persecución, sin tregua, á la Iglesia católica.

Su antiguo error había consistido en comenzar sus luchas por escenas de horror y de sangre; quiso enmendarlo, y parecióle método más acertado el de *mentir, engañar y adular*, por cierto tiempo, á fin de dominar y subyugar á la víctima, y luego poderla sacrificar, echando sobre ella misma la responsabilidad de su martirio.



En ninguna parte, como en Italia, ha ensayado la Revolución este sistema, con mejor provecho.

Comenzó por aclamar á Pío IX, con un frenético entusiasmo; movida de sus resabios paganos, hizo del Papa una divinidad á la que tributó sus más fervientes adoraciones; espantada de su propia deformidad, cubrióse con el manto del misticismo, para atraerse fácilmente la benevolencia del Pontífice; y llegó á tal exceso de *hipocresía* y de *maldad*, que no vaciló en ordenar á sus *esclavos* que recibieran la Sagrada Eucaristía de manos del Papa después de haber pasado la noche, en sus inmundas orgías..... así fue, y mi mano se ha estremecido al escribirlo; pero me ha parecido conveniente hacerlo para que se ponga de manifiesto el *espíritu* de la Revolución y sus *infames* manejos.

Muy pronto, enseñó sus dientes el lobo.

Comenzaron las exigencias y continuaron cada vez más injustas y más atrevidas. El Papa no podía satisfacerlas, sin mengua de sus sagrados deberes; entonces comenzó esa serie de ultrajes al Pontificado, que será eternamente una de las ignominias de nuestro siglo y la vergüenza de las naciones católicas, que se han hecho cómplices del atentado, con su tolerancia criminal.

Lo poco que llevo dicho acerca del carácter y tendencias de la Revolución me parece suficiente para que puedan apreciarse, en su debido valor, los últimos sucesos realizados en Roma.

Sin más preámbulo, voy á hacer algunas reflexiones, según os ofrecí en mi carta anterior, sobre los principales documentos, relativos á la última invasión de la Ciudad Eterna.

Quiero poner delante de vuestros ojos, clara, como la luz del medio día, toda la perfidia y toda la hipocresía del Gabinete de Florencia.

El primer documento de la hipocresía revoluciona-

ria es la carta que S. M. el Rey Víctor Manuel II ha dirigido á su Santidad el Papa Pío IX, con fecha 8 de setiembre último (1).

Para apreciar debidamente su valor, echemos una mirada retrospectiva á las diferentes cartas que S. M. ha escrito al Papa, con motivo de la progresiva invasión de sus Estados.

Así conoceremos los distintos papeles que la revolución ha hecho representar al Rey, en sus relaciones con Pío IX.

La primera fue escrita y fechada en Turín el 6 de febrero de 1860. En ella decía el Rey á Su Santidad las siguientes precisas palabras: “Los tiempos que corren son borrascosos; no toca á mí, *hijo devoto de Vuestra Santidad*, (mentira, hipocresía) indicarle la vía más segura para asegurar la tranquilidad de nuestra patria y restablecer sobre sólidas bases el prestigio y la autoridad de la Santa Sede en Italia”.

Sin embargo, Víctor Manuel “se creía en la obligación de someter á Su Santidad una idea”; y esta idea era “la de establecer, no sólo en las Romanías, sino también en las Marcas y en la Umbría, un tal estado de cosas que: *reservando á la Iglesia su alto dominio y asegurando al Soberano Pontífice un puesto glorioso á la cabeza de la nación italiana* (mentira, hipocresía) hiciera participar á los pueblos de aquellas provincias de los BENEFICIOS, (la bancarrota de la hacienda, la incautación de los bienes eclesiásticos, la supresión de de los institutos religiosos, el destierro y prisión de los Obispos, el Matrimonio civil, etc.) que un reino fuerte y altamente nacional asegura á la mayor parte de la Italia central”.

Como se vé, la revolución no pone todavía en tela de juicio el dominio de la Iglesia sobre sus Estados y

(1) Véase *La Sociedad*, número 128.



sólo intenta inclinar el ánimo de Su Santidad á introducir, en el gobierno de sus pueblos, todos aquellos BENEFICIOS de que disfrutaba, felizmente, la Italia central.

Pío IX contestó al Rey, con fecha 14 de febrero de 1860, en los términos siguientes:

Majestad:

La idea que V. M. ha pensado manifestarnos, no es una idea sabia y, ciertamente, tampoco es digna de un rey católico y de un rey de la casa de Saboya. Mi respuesta se encuentra ya impresa en la Encíclica al Episcopado católico, que fácilmente podrá leer V. M.

Por lo demás, estoy sumamente afligido, no por mí sino por el infeliz estado del alma de V. M., quien se encuentra ligado por varias censuras y por las que con más razón lo herirán, después de que se haya consumado el acto sacrilego que V. M. con los suyos tiene intención de poner en práctica.

Ruego de todo corazón al Señor á fin de que lo ilumine y le dé gracia para conocer y llorar los escándalos, que se han dado, y los males gravísimos que, con vuestra cooperación, habéis procurado á esta pobre Italia.

En el Vaticano, 14 de febrero de 1860.

Pío, PAPA IX.

Si el respeto religioso de Víctor Manuel á Pío IX hubiera sido sincero; si, realmente, al titularse *hijo devoto del Padre Santo*, al ofrecerle un puesto glorioso á la cabeza de la nación italiana, hubiera experimentado su corazón los sentimientos, que expresaba su pluma, habríase movido á cambiar de parecer y de conducta, leyendo la severa reprensión que le infligía su Augusto Padre, desde la altura de su Cátedra.

Mas no fue así; y ya comienza á ponerse de manifiesto la hipocresía de la revolución, que se servía del Rey, como de un instrumento, para realizar sus iníquos y bien meditados propósitos.

Así lo demuestra la nueva carta que S. M. escribió al Papa el 20 de mayo del mismo año, y que fue puesta en manos del Padre Santo por el barón de Roussy.

En este documento, la revolución daba un paso hacia adelante; pues, en él, suplicaba el Rey á Pío IX que “acogiese con benignidad la apertura de negociaciones con su Gobierno, el cual estaba pronto á tributar homenaje á la *alta soberanía de la Sede Apostólica*; y dispuesto á suplir, con equitativa medida, á la disminución de las rentas, y á concurrir á la *seguridad é independencia de la Sede Apostólica*”.

Aún no se trataba de arrebatarle al Papa la soberanía de Roma. La revolución lo tenía resuelto; pero, había prohibido formalmente que se hablase sobre el particular; por el momento, sólo se quería que el Papa consintiese en hacer al Rey Víctor Manuel su vicario temporal en las soberanías de las Romanías ya invadidas, y de las Marcas y la Umbría, próximas á serlo, sin renunciar, por esto, ni al *título* ni *ciertos derechos* de Soberano de aquellas provincias.

Pío IX no cayó en el lazo, que se le tendía. Firme é incontrastable, en el sublime oficio de mantener incólumes los derechos de la Iglesia y de la Santa Sede, contestó al Rey, con fecha 2 de abril de 1860, la siguiente magnífica carta, en que ya descubre el augusto Pontífice una parte del *maquiavelismo é impiedad* de la revolución italiana y hace justicia á *ciertas teorías* del derecho político moderno.

Héla aquí:

Majestad:

Los acontecimientos, que se han realizado en algunas provincias del Estado de la Iglesia, imponen el de-